

Programa oficial



7 Junio

Año 1917

EL DIA DEL CORPUS  
EN  
TOLEDO

ARCHIVO MUNICIPAL  
DE TOLEDO

SIG.: 169  
3794

---

## Programa de Fiestas

de

# El día del Corpus en Toledo.

### Por la mañana.

Se tocarán por las bandas de música de la población las tradicionales dianas, anunciando la festividad del día.

A las diez, saldrá de la Santa Iglesia Primada la solemne Procesión del **Santísimo Corpus Christi**, en la que se exhibirán la magnífica Custodia, cuya admiración artística y su valor es incalculable, la cual mandó hacer el Cardenal Jiménez de Cisneros en el año 1515 y se terminó por su constructor Enrique de Arfe en el año 1524; la hermosa manga bordada de oro y sedas representando, con exquisita perfección, varios asuntos de la vida de Nuestra Señora, terminando con la valiosa Cruz del siglo XVI, construida por el platero toledano Gregorio de Varona. Por el excesivo peso de esta manga con su Cruz es llevada en unas andas por cuatro hombres; otras alhajas inapreciables cuyo valor artístico e

histórico son bien conocidos; prestando la mayor solemnidad la asistencia de todas las Autoridades, Corporaciones religiosas y todas las entidades representativas de la población, dando guardia a toda la carrera de la Procesión la Academia de Infantería.

**Por la tarde.**

A las cuatro y media, gran corrida de toros, a cargo de los afamados diestros VICENTE PASTOR y JUAN BELMONTE, lidiándose ganado de la acreditada vacada de los Herederos de D. Vicente Martínez.

**Por la noche.**

A las diez, se celebrará un gran acontecimiento artístico y literario, verificándose la representación de la obra lírica en tres actos titulada **El Cristo de la Vega** en el lugar donde fué inspirada la hermosa poesía del inmortal poeta D. José Zorrilla, cuyo título es A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

A dicha representación asistirán los autores don Gonzalo Cantó, D. Fernando Soldevilla y el Maestro Villa, Director de la Banda municipal de Madrid.

La citada obra será puesta en escena por una Compañía de reconocida fama artística.

La orquesta ha sido formada por considerable

número de Profesores que actúan en los principales Teatro de Madrid.

Los tercios de Flandes, que tan importante papel desempeñan en la obra, harán su aparición desde la artística Puerta del Cambrón, siguiendo hasta el lugar de la escena, donde harán el desfile.

Terminada la representación de la citada obra, se leerán varias poesías, hechas expresamente para este acto por eminentes literatos de Madrid, que honrarán con su asistencia este festival.

Toledo 21 de Mayo de 1917.

El Alcalde,

**Alfredo Maymó.**

El Secretario,

**Ricardo San Juan.**

El Presidente de la Comisión de Festejos,

**Víctor José Marina.**

## Reparto de la obra.

<i>Inés de Vargas</i> .....	Herminia Velasco.
<i>Marta</i> .....	Sofía Romero.
<i>Aldeana 1.ª</i> .....	Juana Hernández.
<i>Idem 2.ª</i> .....	Luisa Díaz.
<i>Ibán de Vargas</i> .....	José Barberá.
<i>Diego Martínez</i> .....	José Berenguer.
<i>Don Juan</i> .....	Lino Rodríguez.
<i>Don Pedro Ruiz de Alarcón</i> .....	José Domínguez.
<i>Blasillo</i> .....	Vicente Íñigo.
<i>Ferrán</i> .....	José Galán.
<i>Soldado 1.º</i> .....	Luis Vallejo.
<i>Idem 2.º</i> .....	Juan Martínez.
<i>Cantador de jotas</i> .....	Luis Ballestie.
<i>El tío de las seguidillas</i> ...	Santiago Rebull.
<i>Alguacil</i> .....	Francisco Torres.

*La obra será puesta en escena por el maestro Sendra.*



## Comentarios y crítica

de

### «El Cristo de la Vega».

Esta hermosa obra, estrenada con extraordinario éxito en el Teatro Price, de Madrid, va recorriendo triunfal los escenarios de España. Badajoz, Granada y Barcelona han aclamado a los autores de tan feliz producción, que recuerda aquellos tiempos gloriosos de la zarzuela *grande* española.

La escena del primer cuadro de EL CRISTO DE LA VEGA representa una calle de Toledo con la casa de Ibán de Vargas.

Asimismo se desarrolla la acción de los cuadros siguientes en la histórica ciudad, apareciendo la Vega, las afueras de la puerta del Cambrón y el trozo de Vega en que está enclavada la ermita en la que se venera al Cristo que da origen a la leyenda y al poema. Este, la zarzuela inspirada en la leyenda que inmortalizó Zorrilla, es en no pocos pasajes de emoción intensísima; otros, gratamente cómicos; otros, en fin, de una delicada ternura y conmovedora poesía. Imposible de enumerar aquí los motivos amplios del desarrollo escénico; destacan como más vistosos, simpáticos y solemnes, el desfile de las tropas de Flandes, la petición de justicia de Inés y el cuadro final con la invocación al Cristo y el recto testimonio de éste. La versificación es impecable y los cantables están cincelados en un depuradísimo gusto.

La música es muy digna compañera del libro, melódica, inspirada. Tiene en el acto primero una serenata, un cuplé picaresco y un dúo; en el segundo una romanza y un genial concertante, y en el tercero una bellísima plegaria que dice el pueblo ante la imagen del Cristo, momentos antes de su justicia.

La obra de los Sres. Cantó, Soldevilla y Villa les honra muy justamente, siendo un alto galardón de los populares autores, y merecedora de ir en la compañía del nombre glorioso de José Zorrilla.

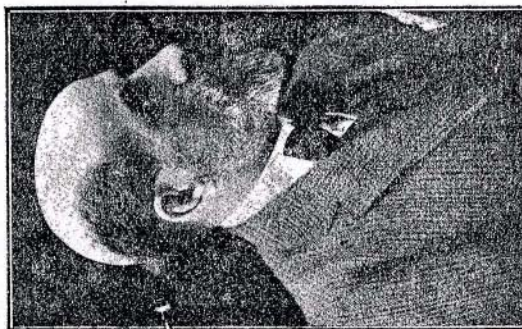
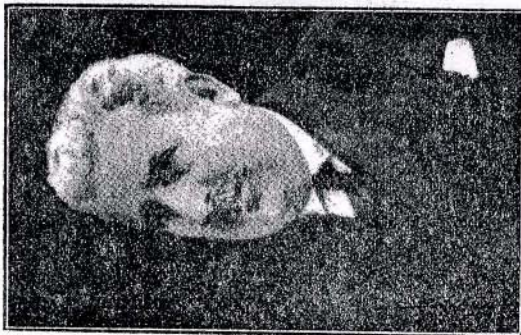
Para juzgar de lo hermoso de la versificación, copiamos un fragmento tomado al azar. Es la plegaria del último cuadro, que canta el pueblo ante la imagen del CRISTO DE LA VEGA.

Dice así:


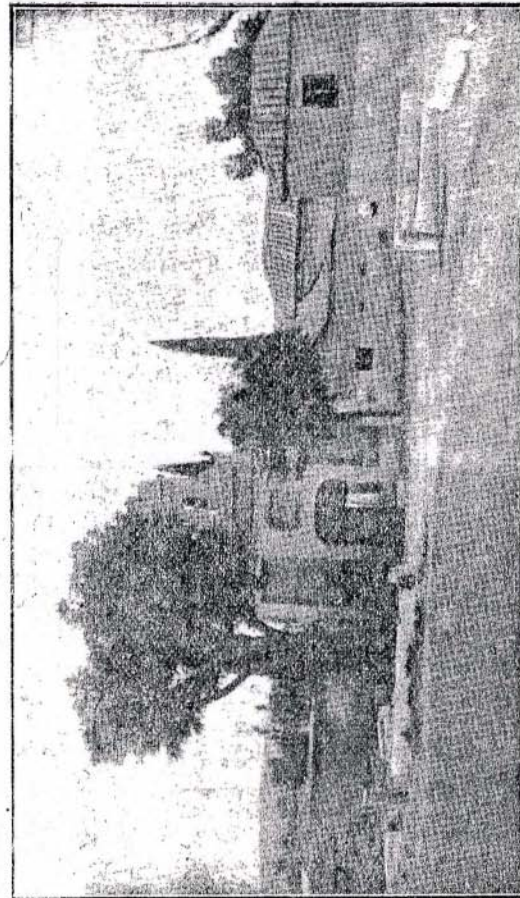
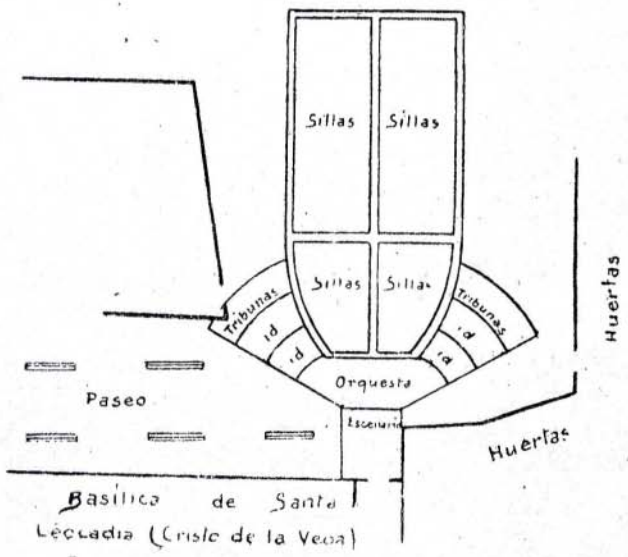
«Mártir del Gólgota,—Rey de los cielos,  
que has redimido la humanidad,  
fuente de amores y de consuelos  
en Tí tan solo todo es verdad.

Tú, Señor, que eres todo clemencia,  
Tú, por nosotros, muerto en la Cruz,  
ven e ilumina nuestra conciencia  
con tus divinos rayos de luz.

Ya que a los vivos como a los muertos  
juzgas, porque eres hijo de Dios,  
ya que los brazos tienes abiertos  
entre tus brazos ampáranos».



**ROQUIS** de la disposición y distribución del terreno delante de la fachada de la Basílica de S<sup>ta</sup> Leocadia, donde se venera el Santísimo Cristo de la Vega, para el festival que se verificará en dicho sitio

Fotografía J. Sancho.

Vista de la portada de la Ermita del Cristo de la Vega.

## A buen juez mejor testigo.

### Tradición de Toledo.

I

Entre pardos nubarrones  
Pasando la blanca luna,  
Con resplandor tuitivo,  
La baja tierra no alumbra.  
La brisa con frescas alas  
Juguetona no murmura,  
Y las veletas no giran  
Entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
La opaca atmósfera cruza,  
Y unas en otras las sombras  
Confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
Un momento se columbran,  
Como lanzas de soldados  
Apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
La trémula llama turbia,  
Y un instante entre las rocas  
Riela la fuente oculta,  
Los álamos de la vega  
Parecen en la espesura  
De fantasmas apiñados  
Medrosa y gigante turba;

Y alguna vez desprendida  
Gotea pesada lluvia,  
Que no despierta a quien duer-

[me

Ni a quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
Entre las sombras confusa,  
Y el Tajo a sus pies pasando  
Con pardas ondas lo arrulla.  
El monótono murmullo  
Sonar perdido se escucha,  
Cual si por las hondas calles  
Hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
Cuando a lo lejos susurran  
Los álamos que se mecen,  
Las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
Que el sueño del triste endulzan,  
Y en tanto que sueña el triste,  
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
Como la noche que enluta  
La esquina en que desemboca  
Una callejuela oculta,  
Se ve de un hombre que aguarda

La vigilante figura,  
Y tan a la sombra vela  
Que entre las sombras se ofusca.  
Frente por frente a sus ojos  
Un balcón a poca altura  
Deja escapar por los vidrios  
La luz que dentro le alumbra;  
Mas ni en el claro aposento,  
Ni en la callejuela oscura  
El silencio de la noche  
Rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
Que pudiera haberse duda  
De si es hombre o solamente  
Mentida ilusión nocturna;  
Pero es hombre, y bien se ve,  
Porque con planta segura  
Ganando el centro a la calle  
Resuelto y audaz pregunta:  
--¿Quién va?-- y a corta distancia  
El igual compás se escucha  
De un caballo que sacude  
Las sonoras herraduras.  
¿Quién va?, repite, y cercana  
Otra voz menos robusta  
Responde: --Un hidalgo, ¡calle!  
Y el paso el bulto apresura.  
--Téngase el hidalgo-- el hom-  
[bre  
Replica, y la espada empuña.  
--Ved más bien si me haréis ca-  
(Repitieron con mesura), [lle  
Que hasta hoy a nadie se tuvo  
Ibán de Várgas y Acuña.

--Pase el Acuña y perdone:--  
Dijo el mozo en faz de fuga,  
Pues teniéndose el embozo  
Sopla un silbato y se oculta.  
Paró el jinete a una puerta,  
Y con precaución difusa  
Salió una niña al balcón  
Que llama interior alumbra.  
--¡Mi padre!-- clamó en voz baja,  
Y el viejo en la cerradura  
Metió la llave, pidiendo  
A sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas bridas  
Tomó la cabalgadura,  
Cerróse detrás la puerta  
Y quedó la calle muda.  
En esto desde el balcón,  
Como quien tal acostumbra,  
Un mancebo por las rejas  
De la calle se asegura  
Asió el brazo al que apostado  
Hizo cara a Ibán de Acuña,  
Y huyeron, en el embozo  
Velando la catadura.

II

Clara, apacible y serena  
Pasa la siguiente tarde,  
Y el sol tocando su ocaso  
Apaga su luz gigante:  
Se ve la imperial Toledo  
Dorada por los remates,  
Como una ciudad de grana

Coronada de cristales.  
 El Tajo por entre rocas  
 Sus anchos cimientos lame,  
 Dibujando en las arenas  
 Las ondas con que las bate.  
 Y la ciudad se retrata  
 En las ondas desiguales,  
 Como en prendas de que el río  
 Tan afanoso la bañe.  
 A lo lejos en la vega  
 Tiende galán por sus márgenes,  
 De sus álamos y huertos  
 El pintoresco ropaje,  
 Y porque su altiva gala  
 Más a los ojos halague,  
 La salpica con escombros  
 De castillos y de alcázares.  
 Un recuerdo es cada piedra  
 Que toda una historia vale,  
 Cada colina un secreto  
 De príncipes o galanes.  
 Aquí se bañó la hermosa  
 Por quien dejó un rey culpable  
 Amor, fama, reino y vida  
 En manos de musulmanes.  
 Allí recibió Galiana  
 A su receloso amante,  
 En esa cuesta que entonces  
 Era un plantel de azahares.  
 Allí por aquella torre,  
 Que hicieron puerta los árabes,  
 Subió el Cid sobre Babieca  
 Con su gente y su estandarte.  
 Más lejos se ve el castillo

De San Servando, o Cervantes,  
 Donde nada se hizo nunca  
 Y nada al presente se hace.  
 A este lado está la almena  
 Por dó sacó vigilante  
 El Conde don Peranzules  
 Al Rey, que supo una tarde  
 Fingir tan tenaz modorra,  
 Que, político y constante,  
 Tuvo siempre en brazo quedo  
 Las palmas al horadarle.  
 Allí está el circo romano,  
 Gran cifra de un pueblo grande,  
 Y aquí la antigua Basílica  
 De bizantinos pilares,  
 Que oyó en el primer concilio  
 Las palabras de los padres  
 Que velaron por la Iglesia  
 Perseguida o vacilante.  
 La sombra en este momento  
 Tiende sus turbios cendales  
 Por todas esas memorias  
 De las pasadas edades,  
 Y del Cambrón y Visagra  
 Los caminos desiguales,  
 Camino a los toledanos  
 Hacia las murallas abren.  
 Los labradores se acercan  
 Al fuego de sus hogares,  
 Cargados con sus aperos,  
 Cansados de sus afanes.  
 Los ricos y sedentarios  
 Se tornan con paso grave,  
 Calado el ancho sombrero,

Abrochados los gabanes;  
 Y los clérigos y monjes,  
 Y los prelados y abades,  
 Sacudiendo el leve polvo  
 De capelos y sayales.  
 Quédase sólo un mancebo  
 De impetuosos ademanes,  
 Que se pasea ocultando  
 Entre la capa el semblante.  
 Los que pasan le contemplan  
 Con decisión de evitarle,  
 Y él contempla a los que pasan  
 Como si a alguien aguardase.  
 Los tímidos aceleran  
 Los pasos al divisarle,  
 Cual temiendo de seguirlo  
 Que les proponga un combate;  
 Y los valientes le miran  
 Cual si sintieran dejarle  
 Sin que libres sus estoques  
 En riña sonora dancen.  
 Una mujer también sola  
 Se viene el llano adelante,  
 La luz del rostro escondida  
 En tocas y tafetanes,  
 Mas en lo leve del paso,  
 Y en lo flexible del talle,  
 Puede a través de los velos  
 Una hermosa adivinarse.  
 Váse derecha al que aguarda,  
 Y él al encuentro la sale  
 Diciendo... cuanto se dicen  
 En las citas los amantes.  
 Mas ella, galanterías,

Dejando severa aparte,  
 Así al mancebo interrumpe  
 En voz decisiva y grave:  
 «Abreviemos de razones,  
 Diego Martínez; mi padre,  
 Que un hombre ha entrado en  
 [su ausencia  
 Dentro mi aposento sabe:  
 Y así quien mancha mi honra  
 Con la suya me la lave;  
 O dadme mano de esposo,  
 O libre de vos dejadme.»  
 Miróla Diego Martínez  
 Atentamente un instante,  
 Y echando a un lado el embozo,  
 Repuso palabras tales:  
 «Dentro de un mes, ¡nés mía,  
 Parto a la guerra de Flandes;  
 Al año estaré de vuelta  
 Y contigo en los altares.  
 Honra que yo te desluzca  
 Con honra mía se lave;  
 Que por honra vuelven honra  
 Hidalgos que en honra nacen.  
 —Júralo— exclamó la niña.  
 —Más que mi palabra vale  
 No te valdrá un juramento.  
 —Diego, la palabra es aire.  
 —¡Vive Dios que estás tenaz!  
 Dalo por jurado y baste.  
 —No me basta, que olvidar  
 Puedes la palabra en Flandes.  
 —¡Voto a Dios! ¿qué más pre-  
 [tendes?



—Que a los pies de aquella ima-  
Lo jures como cristiano [gen  
Del santo Cristo delante.»  
Vaciló un punto Martínez,  
Mas porfiando que jurase,  
Llevóle Inés hacia el templo  
Que en medio la vega yace.  
Enclavado en un madero,  
En duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante,  
Viase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre,  
A quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes,  
Y haciendo Inés que Martínez  
Los sagrados pies tocase,  
Preguntóle:

—Diego, ¿juras  
A tu vuelta desposarme?  
Contestó el mozo:  
—¡Sí juro!  
Y ambos del templo se salen.

III

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y un año pasado había,  
Mas de Flandes no volvía  
Diego, que a Flandés partió.  
Lloraba la bella Inés

Si a vuelta aguardando en vano,  
Oraba un mes y otro mes  
Del crucifijo a los pies  
Donde se regalán su mano.  
Y mas las tardes venía  
De traspuesto el sol,  
Y llorando pedía  
La vuelta del español,  
Y el español no volvía.  
Y siempre al anochecer,  
Sin dueña y sin escudero,  
En un manto una mujer  
El campo salía a ver  
Al alto del *Miradero*.  
Ay del triste que consume  
Su existencia en esperar!  
¡Ay del triste que presume  
Que el duelo con que él se abru-  
Al ausente ha de pesar! [me.  
La esperanza es de los cielos  
Precioso y funesto dón,  
Pues los amantes desvelos  
Cambian la esperanza en celos  
Que abrasan el corazón.  
Si es cierto lo que se espera,  
Es un consuelo en verdad;  
Pero siendo una quimera,  
En tan frágil realidad  
Quien espera desespera.  
Así Inés desesperaba  
Sin acabar de esperar,  
Y su tez se marchitaba,  
Y su llanto se secaba  
Para volver a brotar.

En vano a su confesor  
Pidió remedio o consejo  
Para aliviar su dolor;  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano a Ibán acudía  
Llorosa y desconsolada;  
El padre no respondía;  
Que la lengua le tenía  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
Callando el padre severo  
Y suspirando la bella,  
Porque nació mujer ella,  
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
En esperar y gemir,  
Y las guerras acabaron,  
Y los de Flandes tornaron  
A sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y el tercer año corría;  
Diego a Flandes se partió,  
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,  
Doraba el sol de occidente  
Del Tajo la vega amena,  
Y apoyada en una almena  
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
Las riberas azotando  
Bajo las murallas solas,  
Musgó, espigas y amapolas

Ligeramente doblando.  
Algún olmo que escondido  
Creció entre la yerba blanda,  
Sobre las aguas tendido  
Se reflejaba perdido  
En su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
Entre su fresca espesura  
Daba al aire embalsamado  
Su cántico regalado  
Desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,  
Tornasolada la escama,  
Saltaba a besar las flores  
Que exhalan gratos olores  
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
El torreón se dibuja  
Como el contorno redondo  
Del hueco sombrío y hondo  
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
El rigor de su fortuna,  
Y así la tarde pasaba  
Y al horizonte trepaba  
La consoladora luna.

A ló lejos por el llano  
En confuso remolino  
Vió de hombres tropel lejano  
Que en pardo polvo liviano  
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
Y llegando recelosa  
A las puertas del Cambrón,

Sintió latir zozobrosa  
 Más inquieto el corazón.  
 Tan galán como altanero  
 Dejó ver la escasa luz  
 Por bajo el arco primero  
 Un hidalgo caballero  
 En un caballo andaluz.  
 Jubón negro acuchillado,  
 Banda azul, lazo en la hombrera,  
 Y sin pluma al diestro lado  
 El sombrero derribado  
 Tocando con la gorguera.  
 Bombacho gris guarnecido,  
 Bota de ante, espuela de oro,  
 Hierro al cinto suspendido,  
 Y a una cadena prendido  
 Agudo cuchillo moro.  
 Vienen tras este jinete  
 Sobre potros jerezanos  
 De lanceros hasta siete,  
 Y en adarga y coselete  
 Diez peones castellanos.  
 Asíóse a su estribo Inés  
 Gritando: —¡Diego, eres tú!  
 Y él, viéndola de través,  
 Dijo: —¡Voto a Belcebú,  
 Que no me acuerdo quién es!  
 Dió la triste un alarido  
 Tal respuesta al escuchar,  
 Y a poco perdió el sentido,  
 Sin que más voz ni gemido  
 Volviera en tierra a exhalar.  
 Frunciendo ambas á dos cejas  
 Encomendóla a su gente,

Diciendo: —¡Malditas viejas  
 Que a las mozas malamente  
 Enloquecen con consejas!—  
 Y aplicando el capitán  
 A su potro las espuelas  
 El rostro a Toledo dan,  
 Y a trote cruzando van  
 Las oscuras callejuelas.

IV

Así por sus altos fines  
 Dispone y permite el cielo  
 Que puedan mudar al hombre  
 Fortuna, poder y tiempo.  
 A Flandes partió Martínez  
 De soldado aventurero,  
 Y por su suerte y hazañas  
 Allí capitán le hicieron.  
 Según alzaba en honores  
 Alzábase en pensamientos,  
 Y tanto ayudó en la guerra  
 Con su valor y altos hechos,  
 Que el mismo rey a su vuelta  
 Le armó en Madrid caballero,  
 Tomándole a su servicio  
 Por capitán de Lanceros.  
 Y otro no fué que Martínez  
 Quien há poco entró en Toledo,  
 Tan orgulloso y ufano  
 Cual salió humilde y pequeño.  
 Ni es otro a quien se dirige,  
 Cobrado el conocimiento,  
 La amorosa Inés de Vargas,

Que vive por él muriendo.  
 Mas él, que olvidando todo  
 Olvidó su nombre mesmo,  
 Puesto que Diego Martínez  
 Es el capitán don Diego,  
 Ni se ablanda a sus caricias,  
 Ni cura de sus lamentos,  
 Diciendo que son locuras  
 De gentes de poco seso;  
 Que ni él prometió casarse  
 Ni pensó jamás en ello.  
 ¡Tanto mudan a los hombres  
 Fortuna, poder y tiempo!  
 En vano porfiaba Inés  
 Con amenazas y ruegos;  
 Cuanto más ella importuna  
 Está Martínez severo.  
 Abrazada a sus rodillas  
 Enmarañado el cabello,  
 La hermosa niña lloraba  
 Prosternada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil,  
 Porque el capitán don Diego  
 No ha de ser Diego Martínez  
 Como lo era en otro tiempo.  
 Y así llamando a su gente,  
 De amor y piedad ajeno,  
 Mandóles que a Inés llevaran  
 De grado o de valimiento.  
 Mas ella, antes que la asieran,  
 Cesando un punto en su duelo,  
 Así habló, el rostro lloroso  
 Hacia Martínez volviendo:  
 «Contigo se fué mi honra,

Conmigo tu juramento;  
 Pues buenas prendas son am-  
 [bas,  
 En buen fiel las pesaremos.»  
 Y la faz descolorida  
 En la mantilla envolviendo  
 A pasos desatentados  
 Salióse del aposento.

V

Era entonces de Toledo  
 Por el rey gobernador  
 El justiciero y valiente  
 Don Pedro Ruiz de Alarcón.  
 Muchos años por su patria  
 El buen viejo peleó;  
 Cercenado tiene un brazo,  
 Mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 Los jueces en derredor,  
 Los corchetes a la puerta  
 Y en la derecha el bastón.  
 Está, como presidente  
 Del tribunal superior,  
 Entre un dosel y una alfombra  
 Reclinado en un sillón  
 Escuchando con paciencia  
 La casi esmática voz  
 Con que un tétrico escribano  
 Solfea una apelación.  
 Los asistentes bostezan  
 Al murmullo arrullador,  
 Los jueces medio dormidos

Hacen pliegues al ropón,  
 Los escribanos repasan  
 Sus pergaminos al sol,  
 Los corchetes a una moza  
 Guiñan en un corredor,  
 Y abajo en Zocodover  
 Gritan en discorde son  
 Los que en el mercado venden  
 Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
 En faz de grande aflicción,  
 Rojos de llorar los ojos,  
 Ronca de gemir la voz,  
 Suelto el cabello y el manto,  
 Tomó plaza en el salón  
 Diciendo a gritos: «¡Justicia,  
 Jueces, justicia, señor!»  
 Y a los pies se arroja humilde  
 De don Pedro de Alarcón,  
 En tanto que los curiosos  
 Se agitan al rededor.  
 Alzóla cortés don Pedro  
 Calmando la confusión  
 Y el tumultuoso murmullo  
 Que esta escena ocasionó,  
 Diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?  
 —Quiero justicia, señor.  
 —¿De qué?  
 —De una prenda hurtada.  
 —¿Qué prenda?  
 —Mi corazón.  
 —¿Tú le diste?  
 —Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?  
 —No.  
 —¿Tienes testigos?  
 —Ninguno.  
 —¿Y promesa?  
 —¡Sí, por Dios!  
 Que al partirse de Toledo  
 Un juramento empenó.  
 —¿Quién es él?  
 —Diego Martínez.  
 —¿Noble?  
 —Y capitán, señor.  
 —Presentadme al capitán,  
 Que cumplirá si juró—.  
 Quedó en silencio la sala,  
 Y a p co, en el corredor  
 Se oyó de botas y espuelas  
 El acompasado son.  
 Un portero, levantando  
 El tapiz, en alta voz  
 Dijo: --El capitán don Diego.—  
 Y entró luego en el salón  
 Diego Martínez, los ojos  
 Llenos de orgullo y furor.  
 —¿Sois el capitán don Diego,  
 Díjole don Pedro, vos?  
 Contestó altivo y sereno  
 Diego Martínez:  
 —Yo soy.  
 —¿Conocéis a esta muchacha?  
 —Há tres años, salvo error.  
 —¿Hicisteis la juramento  
 De ser su marido?  
 —No.

—¿Juráis no haberlo jurado?  
 —Sí juro.  
 —Pues id con Dios.  
 --¡Miente!--clamó Inés llorando  
 De despecho y de rubor.  
 —Mujer, ¡piensa lo que dices!...  
 —Digo que miente; juró.  
 —¿Tienes testigos?

—Ninguno.  
 —Capitán, idos con Dios,  
 Y dispensad que acusado  
 Dudara de vuestro honor.  
 Tornó Martínez la espalda  
 Con brusca satisfacción,  
 E Inés, que le vió partirse,  
 Resuelta y firme gritó:  
 —Llamadle, tengo un testigo.  
 Llamadle otra vez, señor.  
 Volvió el capitán don Diego,  
 Sentóse Ruiz de Alarcón,  
 La multitud aquietóse  
 Y la de Vargas siguió:  
 —Tengo un testigo a quien nun-  
 faltó verdad ni razón. [ca

—¿Quién?  
 —Un hombre que de lejos  
 Nuestras palabras oyó,  
 Mirádones desde arriba.  
 —¿Estaba en algún balcón?  
 —No, que estaba en un suplicio  
 Donde há tiempo que expiró.  
 —¿Luego es muerto?  
 —No, que vive.  
 —Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?  
 —El CRISTO de la Vega  
 A cuya faz perjuró.  
 Pusiéronse en pie los jueces  
 Al nombre del Redentor,  
 Escuchando con asombro  
 Tan excelsa apelación.  
 Reinó un profundo silencio  
 De sorpresa y de pavor,  
 Y Diego bajó los ojos  
 De vergüenza y confusión.  
 Un instante con los jueces  
 Don Pedro en secreto habló,  
 Y levantóse diciendo  
 Con respetuosa voz:  
 «La ley es ley para todos,  
 Tu testigo es el mejor,  
 Mas para tales testigos  
 No hay más tribunal que D os.  
 Haremos... lo que sepamos;  
 Escribano, al caer el sol  
 Al CRISTO que está en la Vega  
 Tomaréis declaración.»

VI

Es una tarde serena,  
 Cuya luz tornasolada  
 Del purpurino horizonte  
 Blandamente se derrama.  
 Plácido aroma las flores  
 Sus hojas plégando exhalan,  
 Y el céfiro entre perfumes  
 Mece las trémulas alas.



Brillan abajo en el valle  
 Con suave rumor las aguas,  
 Y las aves en la orilla  
 Despidiendo al día cantan.  
 Allá por el *mira lero*  
 Por el Cambrón y Visagra  
 Confuso tropel de gente  
 Del Tajo a la vega baja.  
 Vienen delante don Pedro  
 De Alarcón, Ibán de Vargas,  
 Su hija Inés, los escribanos,  
 Los corchetes y los guardias;  
 Y detrás monjes, hidalgos,  
 Mozas, chicos y canalla.  
 Otra turba de curiosos  
 En la vega les aguarda,  
 Cada cual comentariando  
 El caso según le cuadra.  
 Entre ellos está Martínez  
 En apostura bizarra,  
 Calzadas espuelas de oro,  
 Valona de encaje blanca,  
 Bigote a la borgoñesa,  
 Melena desmelenada,  
 El sombrero guarnecido  
 Con cuatro lazos de plata,  
 Un pie delante del otro,  
 Y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reojo  
 Le miran de entre las capas,  
 Los chicos al uniforme  
 Y las mozas a la cara.  
 Llegado el gobernador  
 Y gente que le acompaña,

Entraron todos al claustro  
 Que Iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el CRISTO  
 Cuatro cirios y una lámpara,  
 Y de hinojos un momento  
 Le rezaron en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega  
 La cruz en tierra posada,  
 Los pies alzados del suelo  
 Poco menos de una vara;  
 Hacia la severa imagen  
 Un notario se adelanta,  
 De modo que con el rostro  
 Al pecho santo llegaba.  
 A un lado tiene a Martínez,  
 A otro lado a Inés de Vargas,  
 Detrás al gobernador  
 Con sus jueces y sus guardias.  
 Después de leer dos veces  
 La acusación entablada,  
 El notario a Jesucristo  
 Así demandó en voz alta:

— *Jesús, Hijo de María,*  
*«Ante nos esta mañana*  
*«Citado como testigo*  
*«Por boca de Ines de Var-*  
 [gas  
*«¿Juráis ser cierto que un día*  
*«A vuestras divinas plantas*  
*«Juró a Inés Diego Martínez*  
*«Por su mujer desposarla?»*

Asida a un brazo desnudo  
 Una mano atarazada  
 Vino a posar en los autos

La seca y hendida palma,  
 Y allá en los aire, «¡SÍ JURO!»  
 Clamó una voz más que huma-  
 Alzó la turba medrosa [na.  
 La vista a la imagen santa...  
 Los labios tenía abiertos,  
 Y una mano desclavada.

Diego Martínez también.  
 Los escribanos temblando  
 Dieron de esta escena fe,  
 Firmando como testigos  
 Cuantos hubieron poder.  
 Fundóse un aniversario  
 Y una capilla con él,  
 Y don Pedro de Alarcón  
 El altar ordenó hacer,  
 Donde hasta el tiempo que co-  
 Y en cada año una vez, [rre,  
 Con la mano desclavada  
 El crucifijo se ve.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo  
 Renunció allí mismo Inés,  
 Y espantado de sí propio

